



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13375

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 15 DE FEBRERO DE 1906

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cassini, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Como quieran

Continúan los encargados de las fiestas murcianas la organización del programa de Abril. Ya tienen segura la Batalla de flores, la corrida de toros y el Entierro de la Sardinia. Lo demás vendrá luego, porque los organizadores de las fiestas no levantan mano. Saben desde hace tiempo lo que conviene á la ciudad en que viven, y en pró de esa conveniencia trabajan.

En cambio continuamos nosotros entregados á la dulce ocupación de no hacer nada. Como si el objetivo principal de los festejos no fuera resolver un problema económico, nos estamos manoseando sobre mano y dejamos trascurrir meses sobre meses y dejamos trascurrir los días sin variar de ocupación. Y no basta que cualquiera pida la palabra y manifieste que dicha conducta es suicida, porque tanto da que se hablara á las piedras.

Hace varios días hablamos algo de esto. Estableciendo diferencias entre lo que hacen los murcianos y los cartageneros, aquellos trabajando á porfía en la confección del programa de Abril y nosotros haciendo enorme alarde de la indiferencia con que vemos cómo el tiempo pasa sin aprovecharlo en algo útil—decíamos que íbamos a hablar del asunto por una sola vez, haciendo el propósito de cerrar nuestros labios para no volver á ocuparnos de fiestas. Después de todo, si los interesados no se enmiendan volviendo por sus sentidos, ¿qué va á nosotros si se perjudican?

Y nuevamente: nuestra voz se ha perdido en el vacío. No es la primera vez que hemos predicado en desierto, ni será la última, porque á nuestras excitaciones pasadas nadie ha respondido ni esperamos que nadie responda á las de hoy.

Mal que nos pese confesarlo, hemos de despedirnos de aquellas lucidas procesiones de Semana Santa que alcanzaron nombre para Cartagena. No queda entre nosotros entusiasta alguno

y, por no quedar, no queda tampoco ni el instinto de la conveniencia.

Confesamos que hemos padecido un error lamentable. Creíamos que al trascurrir un año sin celebrar aquellas solemnidades religiosas, apreciarían los gremios la gran diferencia que hay de no celebrarla á echarlas á la calle, y ante el dilema de llenar el cajón ó tenerlo vacío se pronunciarían por el primer supuesto.

Mas no ha ocurrido así; el año pasado no hubo procesiones; la gente se fué á Murcia a gastarse el dinero; la población extraordinaria que atraen los festejos no vino; al contrario, la ordinaria se fué socitada por otras poblaciones, y los gremios pudieron comparar que entre hacer procesiones y no hacerlas hay muchísimos euros.

Sin embargo, no hay una voz que pida. No se mueve nadie. Sin dársele a los que venden les da lo mismo ganar ó no ganar dinero.

Y como no hemos de ser más justos que el Papa, nos acogemos al refrán que dice que «cada uno con su gusto va bien servido».

## TIJERETAZOS

El Sr. Corominas, diputado á Cortes por un distrito de Cataluña, ha hecho coniar en el Congreso que en el mitin celebrado en Girona por carlistas, católicos y republicanos, se han puesto de relieve las demostraciones de amor á la patria y al jefe de la patria.

Mas vale así; pero que se repitan con frecuencia esas demostraciones para evitar que el amor contenido en el mitin sea de esos que por una nada se dan al olvido.

Por supuesto, no nos extraña tales sentimientos; porque aunque en Cataluña hay católicos en gran número, y muchos más que no lo son.

Por eso nos disgusta la confusión que establecen algunos colegas entre católicos y católicos.

No hay que olvidar á nadie, compañeros.

El Sr. Duán, muy señor nuestro y diputado por el distrito de Extremadura, se ha lamentado en el Parlamento porque el gobernador de la provincia a que pertenece su distrito ha multado á varios alcaldes y a varios delgados de su autoridad á varios pueblos de los que componen el distrito.

Y á que no saben ustedes lo que le ha contestado el ministro de la Gobernación?

Pues le ha dicho que los gobernadores debieran estar y mujar con más frecuencia á los alcaldes.

La afirmación es muy alta. Nunca después de todo no hay que olvidar que á los alcaldes los hace el ministro.

Y... está claro, da en ellos como en cosa propia.

El Congreso se ocupa actualmente en discutir un proyecto de reforma municipal.

Y ha, unos que le consideran liberalísimo.

Otros á repugnan contraria á los procedimientos democráticos.

Y puede que tengan razón los que la alaban y los que la acusan, porque

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Y ahí va la prueba en un párrafo que forma parte de un discurso pronunciado el mes pasado en el Congreso al discutir el proyecto de reforma:

«Con vida propia y desenvolvimiento propio podrían los ayuntamientos realizar actos que mejoran la confianza de sus administradores y ocurrirían hechos como el de Valencia, que ha cubierto cuatro veces un empréstito de quinientos millones de pesetas.»

Como el ayuntamiento valenciano no se hizo por procedimientos descentralizados, claro está que esas no influyen para nada en tales resultados.

De modo que venga otro argumento, porque eso nada prueba.

## UNA ANECDOTA de Romero Robledo

Como ejemplo de costumbres electorales y de los caprichos que podía permitirle Romero Robledo en la época en que brillaba en las alturas del ministerio de la Go-

bernación, se cita el curioso episodio de la elección del poeta Campoamor.

Al dar cuenta de lo ocurrido en Antequera decían los corresponsales:

«Triunfó Campoamor por sesenta votos de ventaja; sobre Romero Robledo. Impresión todo distrito por ser la primera vez que se derrota al actual ministro de la Gobernación.»

Al día siguiente el gran poeta recibe la siguiente carta:

«Querido Ramón: Nunca hubiera sospechado tanta deslealtad. Has tenido la satisfacción de derrotarme en mi propia casa, y aunque me duela mucho tu modo de proceder con quien tanto te quiere, bien, muy bien, has hecho lo antequerano eligiéndome como representante suyo a un poeta que se llama Campoamor, ante el cual nada es ni nada vale el humilde político que se llama

Romero Robledo.»

El diagnóstico de D. Ramón al leer la carta fué terrible.

Cogió pluma y papel y escribió:

«Querido Paco: Es que haya tomado mi nombre como bandera para ponerle frente al tuyo es un miserable, que tuvo el buen cuidado de ocultarme la telenia que proyectaba y ha realizado, en la seguridad de que mi contestación hubiera sido un soberano puntapié.

Tuyo, disgustadísimo

Campoamor.»

Aquella misma noche envenenaron á Campoamor la visita de un caballero que tenía precisión urgente de hablarle.

—¿Quién es?—preguntó al ayuda de cámara.

—Dios que el que le ha sacado diputado por Antequera.

D. Ramón gritó:

—Que entre... y lo divido.

Y entró sonriendo Romero Robledo.

—Yo soy ese miserable.

Ya se sabe lo que contestaba Campoamor cuando le preguntaban por dónde era diputado.

## REFRANES ENMOHECIDOS

El tiempo todo lo arrasa. A su continuado impulso todo rueda, y como la moneda es redonda, se desliza ni vista ni oída.

La blanca, el ducado y el maravedí pri-

moramente; el cuarto, el o havo y el real después, pasaron á la historia.

«Alis temporibus alia convenient. Por falta de unos entró la polla á los siguientes decirse:

«Estoy sin blanca». «Cuando el español cae, ó raba ó no tiene blanco». «Mas vale blanco de pai que maravedí de lana». «A blanca vale la vaca, daca la blanca». «Cuando no hay blanca, todo es barranca».

Tan pobre era entonces el que no tenía una blanca como el que hoy no tiene un perro chico, pues de la nada ninguno llega á menos; pero ¡qué poca cosa valía la blanca!

En v. r. nos lo hace saber Tirso, cuando en su comedia «Amor y celos» amenaza la duquesa á Romero con darle tantos palos como blancas tiene un doblón, dice el maravedí:

«¿Cuántas blancas tiene un doblón? Sumaré; espere, y la cuenta hará.

Un doblón, veinte y seis reales, cuatro veces seis... Cabales, ochocientos (¡linda flor de carrasco!) y mis ochenta y cuatro maravedís.

Sacada la cuenta, mil setecientos y más sesenta y ocho las blancas,

deduciéndose que cada una valía medio maravedí.

También entró la careona á las formas de expresión.

«El gaitero de Bujalanes, un maravedí por que empiece y diez por que acabe.»

«Ochavo á ochavo se hace una onza.» «El que nace para ochavo no llega á cuarto.»

«Poco salmón dan por dos cuartos.» «Cada falso de noche pasa.» «Un grillo cuenta dos cuartos y se le oye.» «Del bien al mal no hay el canto de un real.» «Dacados hacen duados.»

Apurado se vería hoy quien, sin monetario á mano, quisiera calibrar un «el fontenero» ó intentase «poner» á un prójimo «las peras á cuartos» ó «dar un cuarto al pregonero», cuando tales monedas no están en circulación, y el mas rico «no tiene dos cuartos para mandar rezar á un ciego».

Ya no dicen los comerciantes «Al amigo y al pariente un real más de lo corriente», sino que traducen peseta por real, y ¡viva quien vende!

## BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 57

La mano de aquella mujer cura heridas secretas de muchas familias.

Eugenia se dirige al cielo acompañada por un inmenso cortejo de beneficios.

La grandeza de su alma compensa y atenua las deficiencias de su educación y las costumbres de sus primeros años.

Tal es la historia de esta mujer que vive en medio del mundo y no es del mundo.

Que, nacida para ser esposa y madre, no tiene marido, ni hijos, ni familia.

Hace algunos días se habla mucho de otro matrimonio para Eugenia.

Los habitantes de Saumur charlan mucho de la hija de Grandet y del marqués de Froidfond, cuya familia comienza á rodear á la opulenta viuda, como en otro tiempo lo hizo la familia Cruchot.

Malas lenguas dicen que Nanón y su marido se interesan por el marqués y lo protegen; no es verdad; ni la corpulenta Nanón ni Cornollet, tienen el talento necesario para comprender las corrupciones del mundo.

FIN



XXXXVI

La pobre reclusa compadecía al presidente, y la providencia la vengó de los cálculos ruidos y de la indiferencia infame de un marido que respetaba como la más firme de las garantías, aquella pasión sin esperanza con que el corazón de Eugenia se